

partir del siglo xv, fórmase el francés con el contacto del latín; se van precisando sus formas y deja de ser « viejo francés », recóndito y obscuro; es ya moderno y se hace ó se deja comprender muy bien. La raza latina, á la que pertenecemos, reconoce y saluda el advenimiento de su lengua favorita; los descendientes de los romanos y de los griegos vuelven á emprender con el mayor gusto el camino, largo tiempo abandonado, del Capitolio, y los bárbaros del Norte sufren esta nueva derrota moral que les inflige el Renacimiento francolatino, vencedor del genio gótico casi agotado.

Pero la historia obedece á la ley universal del ritmo: el siglo xviii vió expirar los efectos de la influencia grecorromana; el romanticismo, á ejemplo de Ronsard, quiso sacudir el yugo de una imitación que había producido cuanto se podía esperar de ella. Es muy posible que á la literatura romana, que durante trescientos años ha imperado en nuestro país, suceda alternativamente un nuevo periodo que desprecie y desconozca á Zeus y á Minerva, para sacrificar de nuevo, según el rito nordista, en los altares de Teutates y de Odín.

CAPÍTULO II

LA PROSA

Teólogos, Controversistas: Calvino, San Francisco de Sales, P. Viret, Teodoro de Beza, Esteban Pasquier, Charrón, Duplessis-Mornay, Du Perrón. — Moralistas, Políticos: Montaigne, Juan Bodin, La Boétie, Hotmán, Huberto Languet, D'Ossat, Enrique IV, Montchrestien, Ramus, Charrón, Cornelio Agripa, Buenaventura des Périers, L'Hospital, du Vair. — Eruditos, Críticos y Sabios: Le Maire de Belges, Fauchet, Esteban Pasquier, Enrique Estienne, Meigret, Ambrosio Paré, Bernardo de Palissy, Olivier de Serres. — Traductores: Dolet, Amyot. — *La Sátira Menipea*. — Historia y Memorias: Juan Molinet, de Thou, Palma Cayet, Monluc, La Noue, D'Aubigné, Brantôme y otros. — Cuentistas: Tahureau, Cholières, Bouchet, Tabourot, Beroaldo de Verville, Des Essarts, el *Amadis*, Margarita de Navarra, Noël du Fail, B. des Périers. — RABELAIS: Su vida, sus obras, el estilo, las ideas, y la influencia.

Como acabamos de comprobar, el Renacimiento renovó las artes y las letras, y esta inmensa fermentación no dejó de extenderse á los demás dominios del pensamiento. Nada quedó intacto; el mundo se rejuvenecía con todas sus aspiraciones. La religión sufrió su influencia que dió por resultado la Reforma. El clero se había alejado mucho de la grande y hermosa sencillez de Cristo. La necesidad de civilizar, por decirlo así, las rudas palabras que había dirigido á los pobres pescadores de su país, habían corrompido y afeminado el dogma. Cristo no hubiera reconocido á su Iglesia, y esto había ya arrancado lágrimas de sangre á San Francisco de Asís. El clero había adaptado, en Occidente, á la sociedad, á las costumbres y al lujo de su época las santas palabras que habían resonado á orillas del Jordán y en la cumbre del Gólgota. Los beneficios se atribuían al mejor postor¹, las indulgencias se hallaban sometidas á tarifa, y la salvación de las almas se había convertido en mercancía: la balauza en que el comerciante pesa los escudos había reemplazado en el altar á la balanza del Juicio Final, destinada á pesar las almas. Los verdaderos cristianos se lamentaban de los desórdenes, de los crímenes y de las riquezas del alto clero.

En aquel tiempo fué á Roma, cual otro aldeano del Danubio, un religioso agustino de Ehrfurt. Fué enviado allá (1511) para asuntos de su orden.

1. El mal era idéntico en España, como lo prueban las terribles censuras del *Rimado de Palacio*, las mordaces críticas del Arcipreste de Hita y la sátira del Arcipreste de Talavera. (N. del T.)

Vió las magnificencias de los cardenales y del papa, las solemnes y costosas pompas, la vida muelle y el lujo de los prelados, y salió maldiciendo á la nueva Babilonia. Partió con el corazón ulcerado, predicó el retorno á la desnuda y rústica sencillez de los primeros días del cristianismo; desde el fondo de su morada de Wartburgo lanzaba sus libelos, tan pronto escritos como impresos, y que iban penetrando en las provincias más lejanas; leíanlos por la noche con apasionamiento: el pueblo se sentía sacudido, seducido por aquellos llamamientos líricos ó violentos, llenos ya de un vigor sublime, ya de una sátira bufonesca contra el papa y los obispos, ya de una emoción soñadora y apasionada, y siempre de una convicción ardiente.

Determinó el movimiento, puso en conmoción á Europa, y las ondas se propagaban de un extremo á otro con vastas interferencias. Sólo restaba coordinar y redactar la doctrina de Lutero y ésta fué la obra de Calvino.

Juan Cauvín, llamado Calvino (1509-1564), era el hijo segundo del procurador fiscal del obispo de Noyón. Capellán á los doce años, era, á los dieciocho, cura de Saint-Martin de Martheville, cerca de Vermand. Hizo profundos estudios en derecho en Orleáns y luego en Bourges, para volver á la teología. Bajo diversas influencias domésticas se dió al estudio de la Biblia y poco á poco fué apartándose de la fe católica á consecuencia de las primeras dificultades que tuvo con la Sorbona á propósito del famoso discurso que había inspirado al rector Nicolás Cop, acerca de la justificación por la fe.

Obligado á huir al Saintonge, reapareció en París cuando se calmó el escándalo.

El año siguiente (1534) le obligó á pasar á Suiza, para evitar persecuciones, la cuestión de los *placards* (carteles) contra la misa, que habían sido fijados hasta en la misma puerta de la cámara del rey. Establecióse en Basilea, donde estudió el hebreo y donde hizo publicar en 1536 *Institutio Christianæ religionis* bajo su primera forma. De Basilea se dirigió á Italia, á Ferrara, al lado de la duquesa Renata de Francia, hija de Luis XII y favorable á las ideas de la Reforma. Perseguido por la corte de Roma, fué á París, volvió á Basilea y luego pasó á Ginebra, llamado por Farel, el reformador de la Suiza francesa, que, aunque desprovisto de talento político, había adivinado en Calvino el genio de gobierno necesario para consumar su obra.

Ginebra convertida en república independiente, después de haber sacudido el yugo del duque de Saboya y del obispo, no pudo al principio soportar el genio dominador de Calvino. Desterróle con Farel en 1538; entonces se retiró á Estrasburgo. Llamado dos años más tarde, volvió después de haberse hecho rogar, y durante veinticuatro años, aplicó con autoridad absoluta y con inflexible rigor, al gobierno de la ciudad,

los principios que había planteado en su Institución, á pesar de las amenazas de los opositores y de los libertinos. Sometió á estos principios no sólo la vida religiosa de la ciudad sino también la vida política y privada de los ciudadanos. Implacable con sus enemigos, hizo decapitar á Jacobo Gruet, como libre pensador, é hizo quemar á Miguel Servet como hereje.

Murió en Ginebra en 1564, satisfecho de su obra, rogando que no se cambiase ni innovase nada en ella, « no porque yo desee para mí, dice, por ambición, que lo mío permanezca y que se mantenga sin querer mejorarlo, sino porque todos los cambios son peligrosos y á veces nocivos ». Palabras verdaderamente extrañas en un hombre que soñó con destruir la autoridad de la iglesia romana.

Teodoro de Beza, uno de sus discípulos, nos ha dejado una *Vida de Calvino* en que se destaca con gran relieve la figura del gran reformador:

Si se trata de integridad, no hay nadie que le haya visto cometer una falta en su cargo, ni aljojar en lo más mínimo en beneficio de nadie, ni haber variado en su doctrina ni en su vida, ni haber calumniado á alguien. Si se habla de trabajo, no creo que haya habido nadie que le iguale. Lo que hace más admirable su labor es que tenía un cuerpo de naturaleza tan flaca y tan extenuado por las vigiliass y la excesiva sobriedad, y sobre todo sujeto á tantas enfermedades, que cuantos le veían no se figuraban que pudiese vivir. Respecto á su mantenimiento ordinario, contentábase con una sola comida en las veinticuatro horas, y siempre se hallaba dispuesto al trabajo.

La obra capital de Calvino, la *Institución de la religión cristiana*, no fué compuesta de una vez. El texto primitivo fué retocado y desarrollado, lo mismo en latín que en francés, con adiciones que se fundieron en el cuerpo de la obra.

En su forma definitiva, después de un prefacio al « Rey de Francia » — que es un trozo literario célebre, — en el que, al mismo tiempo que confiesa la religión reformada, niega que pretenda atacar la autoridad real, á pesar de lo que afirman los calumniadores, — comprende la obra cuatro libros que tratan respectivamente: de Dios; de Jesús mediador; de los efectos de esta mediación; de las formas exteriores de la Iglesia. Con riguroso razonamiento, establece Calvino la decadencia del hombre por el pecado de Adán, su impotencia para obrar el bien y la imposibilidad de salvarse mediante sus propias obras. El hombre es salvado por los méritos de Cristo y por la gracia, que es don de Dios. Lleva hasta las últimas consecuencias su doctrina de la predestinación, y ataca los sacramentos de la Iglesia, el celibato de los sacerdotes, las instituciones monásticas y la autoridad del papa.

Este libro es uno de los primeros monumentos duraderos de la prosa francesa. De estilo sobrio y claro, de elocuencia incomparable, de len-

guaje firme, de pasión ardiente, de convicción imperativa, de dialéctica sólida y de razonamiento inflexible, sólo hace echar de menos algo de gracia, para suavizar el lenguaje duro y energético. Pero Calvino, « uno de los padres de nuestro idioma, » como le llama Pasquier, ha hecho con la prosa francesa, lo que hizo Lucrecio con la poesía latina: ha dado flexibilidad al lenguaje, haciéndole expresar ideas graves y nuevas.

Idénticos caracteres se observan en sus *sermones* y *cartas*. Sus libelos se resienten á veces de lo pesado de las burlas, de la amargura violenta y del rigor de lo que se ha llamado « estilo refugiado » — peculiar de los escritores protestantes á quienes la persecución obligó á salir de Francia.

Queda nuestro espíritu agradablemente sorprendido al pasar de Calvino á san Francisco de Sales. Nacido cerca de Annecy, en el castillo de Sales, el 21 de julio de 1567, estudió en París, con los jesuitas, cursó derecho en Padua, y, á instancias de su familia, se hizo abogado en Chambéry. Hacia 1595 renunció á la magistratura y recibió las órdenes. Encargado de una misión en el Chablais, logró numerosas conversiones entre los calvinistas, gracias á su extremada dulzura. Obispo de Ginebra en 1602, predicó en París, hizo también una cuaresma en Dijón, donde conoció á la señorita de Chantal con cuyo concurso fundó la orden de la Visitación. Empleaba con sus religiosos tan indulgente amenidad que se decía de ellos que « iban al paraíso por una senda de rosas sin espinas ».

Fundó en Annecy la academia florimontana, que tenía por emblema flores de azahar con la divisa: *Flores fructusque perennes*: « Flores y frutos eternos. »

Vuelto á París en 1618, para desempeñar una misión cerca de Luis XIII, hizo un viaje al Condado Venesino y murió en Lyon en 1622, con gran fama de santidad. Fué canonizado en 1665.

Su obra principal, la *Introducción á la vida devota* (1608), es el conjunto de cartas ordenadas, revisadas y ligadas entre sí, que escribió como director á su parienta, la Sra. de Charmois. En vida del autor tuvo este libro unas cuarenta ediciones. En efecto, en aquella época de perturbación de las conciencias, debía agradar mucho su lectura por sus graciosas cualidades, por su unción y su dulzura, que daban á las más elevadas, secas y abstractas verdades teológicas una forma sencilla, de agradable color, seductora para el corazón, para la vista y para el oído. Hace amable la piedad y la adorna de flores, con la risueña imaginación de su alma tierna, « la más afectuosa del mundo ».

Si á veces el gusto deja algo que desear, si inquietan las sutilezas, y si semejantes efusiones de caridad parecen enervar la piedad por su forma mística, el sentimiento es sano y sobrio y el razonamiento

exacto. Bajo las comparaciones floridas y las imprevistas alegorías aparece el pensamiento vigoroso y recto.

En el *Tratado del amor de Dios*, que dedica á un hombre llamado Teótimo, intentó san Francisco de Sales responder, con la firmeza y la precisión, al reproche de molición que se le había hecho con motivo de la *Introducción á la Vida devota*, dedicada á una mujer, Filotea, y por lo mismo, algo femenina.

Pero sigue siendo el poeta lleno de imaginación y de gracia; sabe revestir la idea metafísica con figuras y parábolas. He aquí una para explicar que la luz de Dios luce para todos y que los que no la quieren ver son los que cierran obstinadamente los ojos.

En suma, Teótimo, el Salvador es una luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo. Á eso de mediodía, un día de verano, echáronse á dormir varios viajeros á la sombra de un árbol; pero mientras los mantenían sumidos en el sueño su cansancio y la frescura de la sombra, el sol fué avanzando y los hirió directamente con sus más brillantes rayos, que se transparentaban como pequeños relámpagos en torno de las pupilas de aquellos durmientes y, con dulce violencia, los obligaron á despertarse; algunos de ellos se levantaron y se dirigieron felizmente en busca de su albergue; los otros, no sólo no se levantaron, sino que volviendo la espalda al sol y poniéndose los sombreros sobre los ojos, pasaron allí el día durmiendo, hasta que, sorprendidos por la noche, y queriendo sin embargo volver á su casa, se extraviaron, quien por un lado, quien por otro, en un bosque, quedando á merced de los lobos, jabalíes y otros animales salvajes. Ahora bien, decidme por favor, Teótimo, ¿ no habían hecho mal aquellos pobres que se veían perdidos? Sus favores (los del sol) eran iguales para todos. Vosotros los que dormís ¡ qué desgraciados sois si volvéis la espalda al sol y no queréis emplear su claridad ni dejaros vencer por su calor!

Consérvanse además de san Francisco de Sales el *Estandarte de la Cruz* (1597); *Sermones*; *Controversias*; *Cartas espirituales*, dirigidas á la Sra. de Chantal, y *Coloquios*. Fué ante todo un orador, un improvisador, cuyo talento ha quedado perdido para nosotros; un encantador amable, lleno de dulzura y de poesía, con la afectación y preciosismo de la época, con el estilo florido y amanerado á pesar del cuidado que ponía en no poner, según su linda frase, blanco ni afeite en las mejillas de una dama tan grave como la teología.

Era la moda corriente. La elocuencia del púlpito presentaba entonces deplorables ejemplos de mal gusto, y lo que es peor aun, groserías, invectivas furiosas y burlas inconvenientes: se hallaban á la sazón en lo más recio de las querellas de la Liga, y los sermones olían á pólvora.

En la controversia dogmática merecen citarse algunos nombres.

Pedro Viret (1511-1571), suizo, llevó una vida muy atropellada, predicó en París, en su país, en Nîmes y en el Bearne donde murió en Orthez. Publicó tratados dialogados acerca del cristianismo, uno de los

cuales, el *Mundo de mal en peor*, tiene esa gracia que falta á Calvino, en la que alternan las burlas extrañas y pedantes para los sabios con las triviales para el pueblo bajo. Algunas reflexiones picantes acerca de su época le llevan á la conclusión de que los hombres no pueden nada y de que todo hay que esperarlo de la gracia de Jesucristo.

Teodoro de Beza, nacido en Vézelay, en Borgoña (1519), después de una juventud mundana, gracias á la cual poseemos una colección de poesías latinas, *Juvenilia*, se alistó en las filas de la Reforma á consecuencia de una cruel enfermedad. Él fué el encargado de defender, en el coloquio de Poissy, la doctrina ginebrina contra el cardenal de Lorena, campeón católico. Sucedió á Calvino en la pesada tarea de velar por los intereses temporales y espirituales de la ciudad de Ginebra, y murió en 1605, después de publicar en colaboración una *Historia eclesiástica* y una *Vida de Calvino*, algunos de cuyos pasajes tienen la patética sobriedad de Tucídides. Su misterio, *El sacrificio de Abrahán*, fué escrito para confortar á los corazones hugonotes en medio de la persecución¹.

Felipe de Marnix, señor de Santa Aldegunda (1538-1598), nacido en Bruselas, publicó como polemista protestante, un *Cuadro de las luchas religiosas* (1598) al que dió inmenso éxito cierto tono de ironía insinuante y sutil mezclado con la chispa flamenca.

Pasquier, célebre erudito, pronunció contra los jesuitas, en nombre de la Universidad, una arenga famosa.

Duplessis-Mornay (1549-1623), viajó por Italia y Alemania, llegó á ser uno de los consejeros de Enrique IV, y continuó siendo el protector de los protestantes, por lo que le dieron el nombre de Papa de los mismos. Polemista infatigable, escribió un *Tratado de la Iglesia, Discursos cristianos, Memorias, y Observaciones*, de las que dijo d'Aubigné: « Estas piezas delicadas y doctamente tratadas, han abierto los ojos á muchos franceses y los han reducido al servicio del rey. » Su *Tratado de la Religión Cristiana* (1581), sin distinción de dogma entre la Reforma y la Iglesia católica, defiende el cristianismo contra los ateos, en páginas de elocuencia calurosa y elevada.

Charrón, más conocido como filósofo, ha escrito un libro de controversia acerca de las *Tres Verdades*, en el que demuestra la existencia de Dios contra los ateos, y la excelencia del cristianismo contra los judíos, paganos y mahometanos, y del catolicismo, contra el protestantismo.

El jefe de los controversistas católicos es Santiago David du Perrón,

1. Las doctrinas protestantes tuvieron también en España notables mantenedores, como puede verse en la obra *Los Heterodoxos españoles* del señor Menéndez Pelayo; pero la vigilancia de la Inquisición impidió que se propagasen sus obras, que son hoy casi desconocidas. (N. del T.)

nació de padres protestantes en Berna (1556); abjuró para entrar en las órdenes. Lector de Enrique III, se apegó á Enrique IV, á quien hizo convertirse al catolicismo y que le dió el obispado de Evreux (1575), y luego el arzobispado de Sens. Nombrado cardenal en 1604, murió en 1618.

Aplicóse á refutar los tratados calvinistas y en particular los de Duplessis-Mornay. Si no posee la elocuencia, el vigor y el calor de su adversario, tiene en cambio estilo más claro, más fácil y elegante. Decía de sí mismo, con algo de jactancia tal vez, « que no había herejes á quienes no estuviese seguro de convencer, pero que el convertirlos era un talento que Dios había reservado al señor de Ginebra (san Francisco de Sales) ». En la conferencia teológica de Fontainebleau, venció á Duplessis-Mornay. Pero d'Aubigné se jacta, en uno de sus libros, de haberle reducido al silencio. Fué un vigoroso dialéctico.

Él es el que pronunció, en 1586, la oración fúnebre de Ronsard.

Si de los teólogos dogmáticos pasamos á los moralistas seculares, preséntase en primer término uno de los más grandes nombres de la literatura, Montaigne (1533-1592).

Miguel Eyquem, señor de Montaigne, nació en el castillo de este nombre, « el último día de febrero de mil quinientos treinta y tres ». Él mismo ha referido su vida en sus *Ensayos* con gran complacencia. « Me pinto á mí mismo, escribe, soy yo mismo el asunto de mi libro. » Basta leerlo :

Volvería de buen grado del otro mundo para desmentir al que me presentase distinto de lo que fui, siquiera fuese para honrarme. No dejo nada que desear ni adivinar respecto á mi persona. Lo he dicho todo y lo señalo con el dedo.

Su padre que « no tenía ningún conocimiento de letras », pero que se sentía « animado por aquel ardor nuevo », acogía con bondad á los hombres doctos « como á personas santas », y le hizo dar una educación interesante. Aprendió el latín con su preceptor que no hablaba otra lengua. « En las extremadas y súbitas emociones, dice, que he experimentado dos ó tres veces en mi vida, siempre han brotado del fondo de mis entrañas las primeras palabras latinas. » Su padre le hacía despertarse al son de instrumentos músicos para hacerle la luz del día más alegre y la vida más agradable, sin sacudir su cerebro.

Salió del colegio de Guena, en Burdeos, donde había podido « representar en latín los primeros papeles de las tragedias latinas ». Entre-

góse en seguida por completo al estudio del derecho. Consejero en el tribunal de Périgueux, en 1556, pasó, el año siguiente, al Parlamento de Guiena. Allí, en Burdeos, trabó con La Boétie, que le llevaba tres años, una amistad que cortó la muerte en 1563, y de cuya pérdida jamás pudo consolarse. Esta amistad le inspiró una de las más hermosas páginas que se hayan escrito sobre este asunto.

En la amistad de que hablo, dice, nuestras almas se mezclan y confunden una en otra con mezcla tan universal, que borran y no vuelven á encontrar la costura que las ha unido. Si me instan para que diga por qué le amaba, comprendo que sólo puedo responder á esta pregunta diciendo: porque era él y porque era yo. Nos buscábamos antes de habernos visto. Nos besábamos por nuestros nombres; quinta esencia de toda esta mezcla que, habiéndose apoderado de toda mi voluntad, la condujo á sumergirse y á perderse en la suya y que, habiéndose á su vez apoderado de toda su voluntad, la condujo á hundirse y á perderse en la mía con ansia y deseo iguales: digo perderse y digo la verdad, porque ninguno de nosotros se reservó nada propio ni que fuese suyo ó mío.

Hacia 1572, abandonó Montaigne su profesión y se retiró á su castillo, donde empezó á escribir sus *Ensayos*. Ocho años más tarde, después de haber publicado dos libros, empezó á viajar, recorriendo todas las estaciones termales de Suiza, de Alemania y de Italia para curarse del mal de piedra. Hallándose en Luca, supo que sus conciudadanos le habían elegido alcalde de Burdeos. Aceptó, gracias á una lisonjera carta de Enrique III, pero sin entusiasmo.

He vuelto las espaldas á la ambición... Nada me artae por ese lado... Me quiero demasiado... Soy de opinión que hay que prestarse á los demás y darse sólo á sí mismo.

Ejerció cuatro años su cargo como buen administrador, cuando, habiendo estallado la peste en Burdeos, se alejó, tal vez por prudencia, y cansado, tal vez también, de ser « maltratado por todos », en aquellos tiempos de turbulencias civiles, « siendo güelfo para el gibelino y gibelino para el güelfo. »

Hizo una nueva edición de sus *Ensayos*, añadiendo el último libro en 1588, y murió el 13 de septiembre de 1592, sin haber visto el triunfo de Enrique IV que deseaba, y habiendo sido maltratado y juzgado sospechoso por los dos partidos, ligueros y hugonotes, á causa de su moderación. Según testimonio de Pasquier, tuvo un fin cristiano, lo cual puede sorprender algo. Cuando el sacerdote llegó á la elevación, « el pobre caballero se incorpora lo menos mal que puede en su lecho con las manos juntas y en este último acto rinde su alma á Dios: lo cual fué un hermoso espejo del interior de su corazón. »

He aquí su retrato trazado por él mismo del natural:

Soy de cuerpo fuerte y no muy alto; de rostro lleno aunque no gordo; mi carácter es mitad jovial, mitad melancólico, término medio entre el temperamento sanguíneo y el colérico, y mi salud es robusta y alegre. Nunca he tenido maña ni disposición; en todos los ejercicios corporales todos me han sobrepujado, salvo en la carrera, en la que era de los medianos. En cuanto á la música jamás he podido aprender nada, ni en el canto, por tener muy mala voz, ni en materia de instrumentos. Por lo que hace al baile y al juego de pelota, no he logrado adquirir sino un ligero y vulgar conocimiento; en cuanto á la natación, á la esgrima y á los saltos, he sido completamente nulo. Extremadamente ocioso y extremadamente libre, tengo un alma completamente inútil para el servicio de los demás... Me gusta no darme cuenta de lo que tengo... En caso de peligro pienso más en lo poco que importa el que me libre de él que en los medios de librarme. No pudiendo arreglar la marcha de los acontecimientos, me impongo reglas á mí mismo. Por lo que hace á la ambición, hubiera sido preciso, para que yo hiciese grandes progresos, que la fortuna viniese á buscarme de la mano; me apego á lo que tengo... Empleando con los grandes la misma licencia de lenguaje y de ademanes que empleo en mi casa; me falta elasticidad de ingenio para fingir una verdad, y me abandono siempre al deseo de decir lo que pienso, dejando que la fortuna se encargue de los demás. Aristipo decía que el principal fruto que había sacado de la filosofía era el hablar libre y abiertamente con todos...

El libro de los *Ensayos*, como dice Montaigne, es « un libro de buena fe »; se vanagloria de haberse retratado en él de cuerpo entero y dice que « prefiere ser importuno é indiscreto antes que lisonjero y disimulado ». Es la historia de su vida, de sus pensamientos y de sus opiniones. Á pesar de la hermosa disposición de los capítulos no hay en él, propiamente hablando, estudio en cuanto á la composición. Los títulos engañan, pues Montaigne se entrega á perpetuas digresiones á merced de su fantasía. Es una charla deshilvanada y á la buena de Dios. Con amable y picante franqueza refiere sus viajes, cita hasta la saciedad á los antiguos, á los griegos en el francés de Amyot, porque confiesa que no conoce el griego, y á los latinos, especialmente á los de la decadencia, que le inspiran especial predilección. Mezcla su relato con anécdotas, moraliza acerca de los asuntos más diversos, recorre todas las épocas, opone, en filosofía, los sistemas y las doctrinas, como para burlarse de su variedad y de la incertidumbre que presenta el conocimiento de la verdad. Escribe acerca de todos los asuntos, como la educación de los niños, la paz que procuran el estudio y los libros, los caníbales y los salvajes, la colonización, y hasta sobre la muerte, y siempre con viva y agradable sabiduría:

« Los hombres van y vienen, trotan y bailan; acerca de la muerte nada saben; todo esto es muy lindo, pero también, cuando se les viene encima y lo mismo á sus esposas, hijos y amigos, sorprendiéndolos de pronto descuidados, ¡ qué de tormentos, qué de rabia, qué de gritos y qué de desesperación los abruma! »

Si Montaigne sabe lo que dice, en cambio no sabe nunca, — casi se puede jurar, — lo que va á decir.

Me extravío, dice, pero más bien por gusto que por equivocación; mis caprichosas ideas se siguen, pero á veces desde lejos, y se miran entre sí, pero de un modo oblicuo. Sólo la fortuna me sirve de sargento de banda para arreglar á mi gente; á medida que se van presentando mis ensueños los voy escribiendo; ya se agolpan tumultuosos, ya se presentan uno tras otro.

Lo que hace á Montaigne incomparable es su estilo, que él define llamándolo « cómico y privado, metódico, desordenado, cortado, particular, seco, crudo, áspero y desdenoso, no fácil y cortés ». Seguramente así es, pero no lo dice todo. Olvida lo felizmente que ha escogido sus palabras, el arte con que las ha ido engastando, y las imágenes que emplea y que hacen de su estilo un estilo poético, como ha dicho Montesquieu. Su famosa ocurrencia: « Que acuda el gascón, si el francés no basta », no es más que una simple ocurrencia, pues no ha empleado más de veinte palabras del dialecto gascón. Y á pesar de Pasquier, que encuentra en él « no se qué del acento gascón », su estilo es propio, personal, el más rico y el más variado que existe.

El estilo es lo que constituye la maestría de Montaigne, la magia que hace que se releen sus páginas, aunque sólo desarrollen lugares comunes. Él mismo lo declara en estos términos con las imágenes que le son peculiares: « Alguien podría decir de mí que no he hecho más que amontonar flores extrañas sin poner de mi cosecha más que el bramante para sujetarlas. » Estilo impregnado del sabor latino y que brilla por el vigor de las expresiones, de las que él mismo dice « la mejor es la que más impresión hace ».

En cuanto á la filosofía es fácil deducirla. En estos *Ensayos*, donde trazó el cuadro de su siglo y del hombre en general, estudiándose á sí mismo con la razón más sana y la más tranquila sangre fría, dominan como ideas maestras la Duda, — conocido es su famoso: « ¿Quién sabe? » — y la indiferencia en todas las materias. Para ser feliz, hay que conquistar la independencia, evitar el dolor y rechazar el temor á la muerte. ¿De qué manera? Montaigne no lo dice, y si lo da á entender, es encerrándose en el más completo egoísmo.

En la parte de los *Ensayos* en que hace la apología de Raimundo de Sabunde¹, no halla más medio para consolarnos de no poder sondear los misterios de la fe y del destino que « establecer la igualdad y correspondencia entre nosotros y las bestias », poniendo « al hombre en camisa », para despojarle de todo motivo de orgullo. Después de lo cual,

1. Raimundo de Sabunde, discípulo de Raimundo Lulio y gloria de la filosofía española, se anticipó por sus doctrinas á Descartes. (N. del T.)

divertido por el « ruido que mueven tantos cerebros filosóficos » vuelve á reclinarse en su blanda almohada de escéptico.

No es escéptico con cinismo, sino un escéptico de buen humor sin pesimismo y sin cólera. Manifiesta gran candidez, real ó fingida. Se divierte con las contradicciones humanas, y se propone, como muy sencilla regla de vida, el buscar la comodidad. No hay en él nada extravagante. Como no es mal hombre, encuentra á veces acentos singulares cuando toca ciertos asuntos, como se ha visto en lo relativo á la amistad, y como puede comprobarse también con sus páginas acerca de la vida y de la muerte (Cap. xix del Libro I, que merece leerse por completo).

La utilidad del vivir no consiste en el espacio sino en el uso; hay quien vive largo tiempo y vive muy poco. — La vida no es en sí ni buena ni mala; viene á ser el resultado del bien ó el mal que nosotros hagamos. — La premeditación de la muerte es premeditación de la libertad: quien aprende á morir olvida el hábito de servir... el saber morir nos liberta de toda sujeción y violencia...

Cuando no se halla bajo el dominio de la emoción, no es más que un escéptico y hasta una especie de epicúreo como Horacio, tan ingenioso como él, pero más delicado y mucho más profundo. Además es más decente, pues generalmente sabe guardar respeto á su pluma. Es tal vez un sabio « á quien convendría leer á los veinte años para aprender cómo hay que tomar la vida, y á quien se lee en la vejez para aprender cómo hubiera uno debido vivir ».

Tal es Montaigne y, si aparece de otro modo, él mismo da la excusa cuando escribe, — y parece que pensaba en sí especialmente: — « El hombre es seguramente un sujeto maravillosamente vano, vario é inconstante; es difícil formar acerca de él un juicio constante y uniforme. »

Es el único egoísta que ha hecho amable su yo á fuerza de candida y delicada ingeniosidad. Se le perdona mucho á causa de su deliciosa charla y porque todo lo ha embellecido con su sonrisa. Ser alegre y sonriente es cosa tan rara que basta un rayo de esta amable claridad para conquistar la indulgencia y la simpatía. Se olvida hasta su cobardía, porque no merece otro nombre la prudencia que mostró cuando la peste de Burdeos le impidió permanecer en su puesto de alcalde, y escribió á sus administrados que, « si había algún asunto urgente, consentiría en adelantarse hasta la aldea más próxima, á condición de que no hubiese peligro ». Muy distinta fué la conducta de Rotrou en Dreux, pero le costó la vida. Hay ocasiones en que no existe término medio, hay que ser un mamarracho ó un héroe, y abundan más los primeros que los segundos.

Montaigne no tuvo más que el nombre del *Civis Romanus*, pero no